

TUNJA

Del continente de tejados que es Bogotá, surge perezosamente una península esbelta. Luégo se independiza y echa a correr por sobre el verde vegetal, sostenida de las nubes por un lazo de humo.

En los vapores va el estilo y la esencia de la nación de su bandera: allí se encuentran su cocina y sus vinos —carne y sangre de su civilización—, y su sentido de la plática y del amor, índices de su cultura. En los viajes de ida, las bodegas dan cuenta de su entraña mineral y de la labor de su industria. En los viajes de regreso en ellas se puede leer la confidencia de sus necesidades. En los automóviles de familia viaja un poco de calor o de la displicencia del hogar. En los trenes se fuga algo de las ciudades en donde nacen. Si en los barcos se despierta una solidaridad nacionalista o una cordialidad cosmopolita, los pasajeros del tren siguen en cambio tratándose de ciudadano a ciudadano, con cortés indiferencia. Pudiera decirse que el tren es una calle en vacaciones. Una calle con escafandra que se sumerge en lontananzas nebulosas, una calle tocada del pastoril deseo de frutas tiernas, enamorada de los trigales sobre los cuales pasan las sombras de las nubes como tentaciones remotas e imprecisas. Un trozo de la ciudad que sale a saltar ríos, a escandalizar lomas adustas, a ver girar las colinas llenas de flores como las doncellas que bailan en los poemas de Goethe.

El tren que va a Tunja atraviesa la Sabana haciendo alto en pueblecitos recatados, silenciosos, que huelen a pan caliente: Gachancipá, Tocancipá... Un personaje de Palalacio Valdés hubiera podido encontrar en ellos un idilio. En

Chía, seminario de príncipes chibchas hasta el día en que los centauros irrumpieron en el paisaje manso, "común", después de indígenas que obedecían con su misión a las señales de la mano enojada y mutilada del encomendero, la colonia dejó un puente que da tres saltos, de piedra sobre el río cobrizo que se aleja en reales esguines escoltado por sauces. Sobre los campos de ruda y poleo, atravesados por caminos polvorientos en donde la mirada busca inútilmente el rucio de Sancho, la iglesia levanta su torre blanca, loca de campanas y un castillo almenado yergue su aristocracia petulante. A la sombra de los dos símbolos de piedra, una población alegre, llena de frutas y de sombrillas, se tiende bajo nubes grises.

En los declives de la cordillera se esconden las casas de hacienda con sus capillas, sus santuarios, sus pesebreras y sus miradores. En la de Hato Viejo hizo sesiones de trecillo el general Santander. Márquez, Lino de Pombo y Vargas Tejada hacían confidencias y conjeturas ante los pocillos de chocolate de innumerables burbujas risadas, mientras se tendía sobre la sabana un cielo preocupado de estrellas. En los corredores de "Yerbabuena", Marroquín leía a Marcial mientras a lo lejos un caballo al sacudirse hacía repicar los estribos de cobre. De otra casona salía, hace un siglo, un sombrío enemigo del gobierno. En la obscuridad fulgía el tabaco encendido, iluminando diabólicamente la barba carbonera. Los cascos del rocín estaban recubiertos con piel de carnero. La arrogante cabeza del caballero estaba a precio, pero él no quería dejar despertar el día sin poner en la reja de la santafereña deseada un ramo de violetas, burlando la guardia somnolienta.

En el páramo, las colinas creyéranse modeladas por la caricia moribunda del viento. Las peñas se agrietan de melancolía. Nubes de plata o de ceniza se acercan tanto a la tierra que a veces por la columna de humo de una choza parece que se estuviera desangrando el cielo.

Los ranchos se agazapan entre los maizales susurrantes. A sus puertas hay a veces figuras hieráticas que salen a con-

templar la agonía fastuosa de la tarde. Los gozques ayudan a los niños pastores y cuando se apagan las flores en la sombra, despuntan arriba las estrellas.

Ventaquemada, Villapinzón. Los montes son severos, agrios. Por sus arrugas corre un riachuelo lleno de cielo y lleno de historia. De los llanos orientales huracanes de idealidad trajeron a aquellos parajes una lluvia oblicua de lanzas criollas que Simón Bolívar desbocó sobre un panorama de temblorosas espadas. Esa tarde nació la Libertad de la Ind América mientras el sol de los venados daba carne de bronce a los guerreros semidesnudos sobre los collados bautizados con sangre y con grandeza.

EN TUNJA

El tren no se atreve a entrar en la ciudad. Calles oscuras llevan hacia la población en dulces meandros.

Van escoltadas de tapias sucias que algunas casas enjabelgadas interrumpen. A veces una puerta tiende sobre el barro una faja de luz temblorosa y anaranjada; un rejo sujeta una cabalgadura a la puerta de la venta. En el interior la sombra del jinete se prolonga sobre las paredes blancas, la luz de candil da tintes de cobre gitano al rostro y los brazos de la garrida ventera acarician los racimos de velas que penden de las vigas ahumadas, y pone alma de luz a las copas fulgentes. Cerrada va la noche, el jinete seguirá su camino por los senderos morenos que hieren la arcilla casi humana de las lomas, apremiando el paso cauteloso de su caballo con el guayacán inmisericorde mientras él tambalea sobre la silla de vaquería.

Un frío místico señorea tiránicamente la villa. Las calles serpean sobre los barrancos recubiertos por los cantos redondos a los cuales arrancaban chispas las mulas de los espantos de media noche. Algunos grupos de indios se deslizan, sabiamente mimetizados con la noche y con la tristeza, en sombras huidizas, penitentes. Su hablar es dulce, temeroso y nostálgico. Llevan a veces cargas para el mercado, coronadas por esas azucenas que se ven sonreír desde el tren sobre graciosas colinas esperando inútilmente la vaquera, de quien se prendó el Marqués de Santillana.

Anchos casones tienen impresos escudos en sus frentes de piedra. Si en los indígenas que pasan a nuestro lado como evocaciones imprecisas duerme aún el espíritu sojuzgado de la conquista, aquí, en estas casas, vaga el señorío severo de la colonia. ¿Pero quién podrá entrar en ellas y sorprender su alma? Tunja es una ciudad recatada y monjil. A través de los zaguanes en donde luces pálidas y espesas sombras hacen recordar los lienzos del Españolato, apenas si puede pasar la imaginación para detenerse en el descanso de la escalera, en cuyo muro una lámpara reflexiona ante el cuadro de un santo, para divisar a una noble señora en cuyas manos aletea un libro piadoso; para oír en los patios traceros el canto de una fontana sonámbula, que desborda de una tinaja en la callada noche; para entrarse en la cocina patinada de humo en donde disputan las fregonas; para aspirar el aroma de las hierbas tradicionales en el solar en donde un ciprés heráldico se pierde en el cielo temblando como un canto fúnebre y litúrgico.

En las calles centrales pasean los caballeros, platican, discuten. Tienen todos ellos una gran sagacidad, son afables, discretos, ponderados. La política colombiana tiene allí sus mejores comentadores. El sentido político está en el ambiente. Boyacá ha dado grandes políticos. Suelen ser hombres que no llevan las intenciones a flor de piel, que saben laborar silenciosamente, que pueden esconder sus miras de un modo florentino, que otean el viraje de las circunstancias, que analizan minuciosamente y líricamente los hechos. Prosistas políticos ha dado el departamento, que esparcen sugerencias finísimas, que penetran con una francesa sutileza y que abren cauces de intención esquiva a una prosa de diafanidad incomparable y de campesino murmullo. Tunja dirige la política de anchas comarcas labradoras de ignorancia y de obediencia impresionantes. De los directorios salen los patronos con órdenes escuetas. Por los barrancos descienden cadenas humanas a sufragar, como si se encaminaran a cualquier menester de labranza. Son gentes que se matan por gritos contradictorios, antes que por antagónicas creencias, y que si hoy constituyen un electorado inconsciente, el día en que dirigen tenaces y certeros —como ya los hay—, encaucen el latente misticismo de la raza hacia una aguileña conquista po-

lítica, se convertirán en un fuerte combustible de progreso, porque hay en esas masas levadura de buena rebeldía.

Sobre la mesa, en el hotel, frutas con pálida carne de mujer, con tonalidades de burbuja, en flamenca aglomeración. El agua en una jarra de silueta romántica: cuerpo de agua en traje de cristal. Y el pan, un pan bíblico, con honorable aroma de buen trigo. El agua y el pan son en Tunja de una excelencia inolvidable. Quizá esa circunstancia se explique pensando que en la triste ciudad existe la más fiera cárcel del país. Sólo los presidarios saben catar agua y gustar pan. Y aquella es tan pura y amable como un poco de atmósfera campesina licuada. El agua que un devoto hubiera querido alcanzar a Cristo en la tarde sedienta del Calvario. Agua para Cristo, manzanas para Eva, pan para el cautivo Miguel de Cervantes, los de Tunja.

A quien, como el devoto panfletario italiano, ame los mares sin velas, los campos sin surcos, y las mujeres sin literatura, agradaría la noche tunjana, virgen de sirenas y de bocinas. Apenas si oíría en las primeras horas un ladrido lejano, lúgubre; luego, tal vez, la caudalosa risa de un trasnochador derramada sobre una tertulia bohemia. Después un beato sueño impide oír los gallos y las afanosas campanas del amanecer.

La mañana suele llegar envuelta en una niebla nupcial que esmerila los numerosos matices del ocre, del gris, del violeta, del esmeralda, del amarillo, del pardo, en aquellos barrancos torturados y escuetos, semejantes a los de Castilla la Vieja, sobre los cuales vagó la mirada de Joan de Castellanos, conquistador, aguileño trocado en pascual cura de almas, mal poeta y hombre ejemplar. Barrancos mirados anhelosamente por doña Inés de Hinojosa, dama placentera y criminal, y copiados por los ojos irisados de lágrimas de aquella clarisa cuya alma se levantaba tiernamente hacia el cielo como el tallo en donde debe despuntar un lirio, y a quien el contraste entre la tierra dura y pobre y la cúpula de

nubes navegantes, llevó a soportar ilusionadamente el coro burlesco de las novicias que le gritaban cara a cara y día a día: “Perra loca, comulgadora, santimoñera, santimoñera”.

ENRIQUE CABALLERO ESCOBAR

